



Así escribo yo

Camilo José Cela

Premio Nobel de Literatura 1989.



No estoy del todo seguro de que se me pueda acotar de tener eso que llaman un sistema de escribir, el mismo en todo momento y circunstancia y sea casi fuese la página que me ocupa el tiempo y me pone a prueba la paciencia. Las exigencias de un libro de viajes, pongamos por caso, no son las mismas que pueda plantear una poesía, un artículo, un ensayo, un cuento, una novela o una obra de teatro. Todas son diferentes, aunque admita, claro es, que bajo todas ellas subyacen unos hábitos —o fuerzas— y unas técnicas —o manías— merced a las cuales que quizá puedan constituir el común denominador de mi particular método doméstico. Lo que no entiendo es que esto pueda importar a nadie, ya que en la obra literaria lo único que cuenta es el resultado; todo lo demás son ganas de hablar y de perder el tiempo.

Escribo siempre a mano y con una pluma estilográfica que moja en un biberón de tinta, no de eschibaria. No me gusta el bolígrafo, que encuentro duro y que se seca siempre a destiempo (no lo uso más que en los viajes), y no sé manejar el mecanógrafo que carga las tripas de la pluma frente; en consecuencia, no me quedan demasiadas posibilidades de elección. El truco que mojar la pluma no me resulta demasiado útil; lo hago de forma mecánica y el gesto, sobre todo, no es nada difícil. Es posible que también me sirva para marcar un ritmo de breves pausas reconfortantes. Para quien, como yo, escribe en su mesa y con la herramienta al alcance de la mano, la solución no es disparada. Lo único malo es que el rítmico suele quedarse desahogado y se me llena de polvo; cuando saco la tinta con pluma, la limpio en la manga de la chaqueta o en la manga del puño de la mano contraria.

La máquina de escribir no significa absolutamente nada para mí. Las únicas dos o tres veces en mi vida que tuve que mecanografiar una carta lo hice con un solo dedo —el índice de la mano derecha que, con frecuencia, se me quedaba encajado entre dos teclas— y tardé casi un día en cada una. Las máquinas de escribir, además, hacen muchísimo ruido y prefiero el silencio. Quisiera que mi no pueda decirse que sea un empujón de los adelantos técnicos; yo prefiero una mujer, un perro, un caballo o una flor campesina, a una locomotora, un detergente, una autocicleta o una bomba atómica. Cada uno es como Dios lo hizo.

Siempre uso papel de hilo —siempre que puedo— para lo que podremos llamar la redacción final; lo encuentro fuerte y agradable al tacto, y no se ensucia la tinta. Las cosas de lo que se me va ocurriendo las tomo en cualquier lado y en los sitios más variados: una cajetilla, las márgenes de una página de periódico, un sobre usado, etc. Cuando me voy a la cama suelo dejar sobre la mesa de noche un cuadernito para ir apuntando lo que, de otra manera, hubiera olvidado a la mañana siguiente. Si enciendo varias veces la luz, mi mujer protesta. Yo no le digo nada porque tiene razón y porque lo mejor suele ser no decir.

El sitio donde escribo es amplio, aunque también tenga sus rincones estrechos y protegidos. Yo creo que el espacio es necesario para todo y, además, para desahogar el trabajo y la vida familiar; la mayor parte de las familias viven y hasta se aburren, viven en una casa pequeña y se pasan el día tropezándose unos con otros.

Utilizo cuatro o cinco mesas y sus correspondientes sillas y me siento sobre un neumático para que no me salgan burbujas en la espalda, como a los ciclistas. Los muebles no han sido creados para sostener el cuerpo de cien kilos durante diez horas diarias y, claro es, sufren y se deterioran. Para escribir *Oficio de vivientes* le mandé a un mampara de tres cuerpos forrados de tela negra mate y me metí dentro; parecía un ataúd, pero conseguí mi propósito de aislamiento de toda referencia o impresión exterior y ajena a mí mismo. Escribir, para mí, es muy difícil, y supongo que el ambiente debe adecuarse a la intención que se persigue.

cara, al menos, de mi peculiar y habitual modo de escribir.

Corrijo mucho —siempre sobre el manuscrito y jamás sobre las pruebas de imprenta— y suelo intercalar y añadir frases enteras que completan la tarea de poner a máquina mis originales. Mi mujer podría decir bastantes cosas sobre la labor, ignora si de paleografía, criptografía o cualquier otra ciencia afín, que tiene que llevar a cabo a diario.

Antes, cuando vivía en la ciudad, trabajaba de noche y a contrapelo de la gente; me resultaba cómodo el silencio que los demás me regalaban cuando se dormían, pero acabé perdiendo vista. Ahora hago al revés: trabajo de día y desde muy temprano. Me levanto a las seis o seis y media sin despertador y, por el invierno, empiezo la jornada con luz eléctrica durante dos horas o más. Trabajo hasta las dos, o una, ocho horas seguidas, pero no tengo mayor mérito porque no me canso; mientras el cuerpo aguante, pienso seguir así. Desayuno tres veces: cuando me levanto, antes de ajet con un huevo y una copa de agua; a las ocho, un poco de jamón y un café con leche con pan (ahora me quitaron la mantequilla porque tengo que adelgazar), y a las doce, un café bebido. Después de comer hago el yoga tibetano o sienta, que es muy saludable porque alivia los pensamientos pecaminosos y los humores malignos, y a eso de las cinco y media vuelvo a la mesa de trabajo hasta las nueve, hora a la que suele venir algún amigo a acompañarme a cenar. Cuando estoy en Mallorca, suelo acostarme a eso de las doce. Cuando estoy de viaje, aprovecho para tomar unas copas con quien se tercié y acostarme más tarde.

(Archivo diario "Yo")

Así escribo yo [artículo] Camilo José Cela.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cela, Camilo José, 1916-2002

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Así escribo yo [artículo] Camilo José Cela.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile